

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

LECTURAS

1ª LECTURA.

Lectura del libro de los Números (6,22-27)

El Señor habló a Moisés: "Di a Aarón y a sus hijos: Ésta es la fórmula con que bendeciréis a los israelitas: "El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz". Así invocarán mi nombre sobre los israelitas, y yo los bendeciré."

Palabra de Dios.

Salmo responsorial (66)

El Señor tenga piedad y nos bendiga.

El Señor tenga piedad y nos bendiga.

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación. **R.**

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra. **R.**

Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.
Que Dios nos bendiga;
que le teman hasta los confines del orbe. **R.**

2ª LECTURA.

Lectura de la carta a los Gálatas (4,4-7)

Hermanos: Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo que clama: "¡Abbá! (Padre)." Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

Palabra de Dios

Lucas 2,16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo a Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho. Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

MONICIONES

MONICIÓN INICIAL

Hermanos y amigos. En esta primera celebración (de la víspera) del año nuevo, la Iglesia quiere que pongamos la atención en la figura de la Virgen María. Todas las madres son indispensables en las fiestas de Navidad. ¿Qué sería una nochebuena o una fiesta familiar sin la presencia de la madre? María, nuestra madre, nos convoca en este día para presentarnos a su hijo, que es el Hijo de Dios. Unámonos a María en la alegría de recibir con fe y esperanza al fruto de sus entrañas.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

El año nuevo se abre con una de las bendiciones más hermosas de toda la biblia, contenida en el libro de los Números. Pero una bendición no son sólo palabras. Como nos dice san Pablo en la carta a los gálatas, la verdadera bendición de Dios acontece en la persona de Jesucristo, venido en la carne por medio de María, Madre de Dios y madre nuestra; pero venido también según la Ley para liberarnos de esa misma Ley. Contemplemos una vez más, por medio de la Palabra de Dios, la bendición que supone que el Señor entre a formar parte de nuestra vida, agradeciendo a María su fe y disponibilidad.

ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias, Señor, por regalarnos a tu Hijo, nuestro Salvador, y por hacerlo por medio de nuestra hermana y madre María, a la que bien llamamos madre de Dios. Ella, sin ser diosa, se convirtió en tu templo sagrado. Su palabra, sin ser divina, se une con tu voluntad para mostrarnos el camino de la fe. Ella siempre nos lleva a ti con la generosidad infinita de una madre. Por eso, antes de terminar esta celebración, queremos agradecerle su ejemplo de vida rezando juntos la oración más hermosa que le podemos decir: [Dios te salve María, llena eres de gracia...](#)

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por la paz en el mundo. Para que la humanidad sea capaz de descubrir la inutilidad de la guerra y aprender a resolver los conflictos mediante el diálogo. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
2. Por todos los creyentes del mundo, especialmente por los que seguimos a Jesucristo. Para que seamos constructores de paz y de justicia. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
3. Para que nuestras vidas sean una bendición para los demás, especialmente para las personas que tenemos más cerca. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
4. Para que este año que comenzamos suponga un paso más en nuestra capacidad de escuchar a Dios, buscarle con sincero corazón y cumplir su voluntad, como lo hizo María. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
5. Por nuestra comunidad parroquial, para que vivamos los misterios de la Navidad de una forma auténtica, siendo un pesebre viviente en el que los que nos visiten se puedan encontrar con su salvador. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**

HOMILÍA

A escasas semanas del comienzo del año litúrgico, nos encontramos otro comienzo, esta vez del año civil; es una fecha que tiene un hondo calado simbólico, pues todo cambio de año lleva consigo la conciencia de que algo viejo muere, culminando una etapa para dar comienzo a un tiempo nuevo. En este tiempo surgen nuestros mejores deseos e ilusiones, esperando con confianza que el año nuevo comience con buen pie. Esto lo vemos plasmado a lo largo y ancho de nuestro mundo a través de fiestas y ritos no exentos, por desgracia, de excesos.

La Iglesia quiere abrir el año ofreciéndolo a la virgen María. Así, lo que los cristianos celebramos va más allá del mero cambio de año: celebramos a María, Madre de Dios y madre nuestra. Resulta difícil articular en un solo mensaje estos dos acontecimientos: el humano, que nos lleva a orar por un nuevo año y el cristiano, que pone su mirada en la siempre entrañable y consoladora presencia de María. No obstante, lo intentaremos, apoyándonos en la Palabra de Dios, una palabra que comienza con el texto del libro de los Números en la que se hace explícita la fórmula con la cual bendecir al pueblo de Dios. Esta bendición se atribuye a Aarón y es una de las más hermosas de la Biblia. Sin duda es una entrañable manera de comenzar el año.

La Bendición se desglosa en varias partes, todas ellas formuladas en subjuntivo, ese tiempo verbal tan rico en la lengua castellana. Recordemos que bendecir significa “decir bien”. Que Dios nos bendiga supone pedir que la Palabra que Dios sea una palabra buena, creadora y creativa. Por su palabra, Dios lo crea todo (recordemos el Génesis: “*y dijo Dios...*”). Pedir la bendición de Dios es como rogarle que no se canse de hablar, pues de esta forma se mantiene la vida y Dios sigue creando y generando con su voz la existencia que nos da el ser.

Cuando nosotros bendecimos no hacemos más que prolongar en nuestra vida el deseo de Dios, la acción de su Verbo, que es su eterna bendición que resuena a través de los siglos.

Así, si Dios nombra, nosotros “re-nombramos”; no con nombres nuevos, sino tratando de llamar a las cosas como Dios las llama; y si Dios crea, nosotros “re-creamos”, siendo partícipes de este acto creador, pues como Pablo dirá en la segunda lectura, ya no nos relacionamos con Dios a través de una religión de esclavos (por la Ley), sino como hijos de adopción (por el Amor).

Al bendecir, también unimos nuestra voz a la de Dios. Con ello no sólo soñamos con que Dios siga guardando a su creación, sino también que su creación se deje guardar por Dios. De esta forma, el resplandor del rostro de Dios, del que habla la bendición, estará sobre nosotros, y los creyentes seremos transparencia de su gloria, irradiando claridad con nuestra presencia para que la humanidad salga de las tinieblas y tenga la oportunidad de ver, con la luz de Dios, el camino que lleva a la Verdad.

En esta misma línea, el salmo responsorial es también como el eco de nuestras voces que claman: “¡que Dios nos bendiga!”; que Dios siga dándonos su Palabra y que todas las gentes de toda la tierra no se cierren a ella, sino que se abran y la reconozcan, porque Dios está bendiciendo continuamente la vida; la está sosteniendo y apoyando para que sea capaz de llegar a su plenitud.

Culminación de esta bendición de Dios sobre su creación y sus criaturas, es Cristo, como señala la carta a los Gálatas. Es en Cristo donde descubrimos, que ese “decir bien” de Dios sobre nosotros no es teoría, sino práctica; una práctica que tiene un rostro concreto, una historia concreta, un estilo concreto en el que las personas encontramos un camino accesible. Dios no habla con Palabras que no podamos entender, no usa lenguajes arcanos, sino que se adapta a nuestros idiomas y vocabularios para que nadie pueda quedar sin escuchar y reconocer su voz. Esa voz de Dios nos dice que Cristo, la Palabra hecha carne, nos hace sus hijos y elimina para siempre la falsa religión que sitúa a las criaturas en posición de servilismo y sometimiento. Cristo inaugura una nueva forma de religión, entendiendo a Dios como Padre o Madre y no como dueño.

¿Hay una bendición mayor que esta? Cristo, Bendición suprema de Dios, nos abre a esta esperanza, a este campo de horizontes infinitos en el que poder movernos libremente. Es el mejor regalo de año nuevo que hay que proclamar al mundo.

Pero si la vida es esa constante bendición liberadora de Dios, ¿Qué hemos de hacer nosotros? Es aquí donde la figura de María aparece como respuesta suprema de la humanidad ante su creador. La actitud de María es la correcta y en ella estamos llamados a participar, uniendo nuestras vidas a la suya. María es la mujer que acoge la bendición de Dios aceptándola. María no desdice la Palabra de Dios, no la rebate, sino que la asume, tratando de entenderla a lo largo de su vida, guardando en su corazón aquello que todavía le era un misterio, sin ninguna prisa por conocer a su Señor. María tiene capacidad para la escucha y el discernimiento crítico; pero también es humilde ante el misterio que la desborda. Estos tres elementos son fundamentales en nuestra espiritualidad: aguzar el oído para escuchar la voz de Gabriel entre el ruido del mundo; dudar de forma crítica; y sentir y preguntarse constantemente para evitar caer en el servilismo o en actitudes infantiles e inmaduras.

La consecuencia de esta actitud de María es el fruto de su vientre: Cristo. Ella será la Madre de Dios, calificativo rotundo que se le atribuyó con muchos problemas teológicos, pues llamar a María “Madre de Dios” era como situarla en un plano divino, estado que no puede tener al ser criatura y no diosa. Conviene entender bien este “nombre” de María para no llevarnos a confusión; para ello tal vez ayude la frase que se le atribuye al ángel Gabriel cuando le anuncia que la Palabra de Dios nacería “**de ti**”, y no “**en ti**”. Esto significa que la Palabra de Dios no es algo que se implanta desde el exterior en María. El fruto de su vientre no viene de fuera, como algo que le es ajeno. María no es un mero recipiente inerte utilizado por Dios para hacerse hombre; no es un simple instrumento, sino un sujeto libre, engrandecido por la gracia de Dios y con voluntad propia. Desde esta realidad única, Dios germina desde la historia para salvarla. Es así como entendemos mejor los tres puntos anteriormente citados, tan fundamentales en nuestra espiritualidad:

- A) La escucha activa que la Palabra de Dios nos dirige.
- B) El discernimiento crítico que nos vacune contra el infantilismo o la inmadurez espiritual.
- C) La vida contemplativa ante el misterio de la vida, haciendo de toda nuestra existencia un despliegue progresivo del Misterio de Dios en el que poco a poco vamos conociendo a Dios, su plan de salvación y el misterio de su voluntad.

Las repercusiones de esta teología mariana son extraordinarias, pues nos hacen caer en la cuenta de que Dios no es algo que se nos impone desde fuera, sino capaz de surgir en nuestras vidas desde nuestro interior. Dios no nos es ajeno, sino que nos habita en lo más profundo. Su palabra nos está alentando y sosteniendo a cada instante. En este sentido, al igual que María, el creyente ha de saber también “preñarse” de esa palabra, “embarazarse” de esa presencia de Dios en nosotros para darle a luz en los diferentes pesebres de nuestra vida y así iluminar la existencia.

Tal vez, la voz de Dios nos pille por sorpresa; pero no hemos de sentir miedo, sino temor; tampoco hemos de sentir orgullo egoísta, sino alegría contagiosa. Sólo así seremos estrella que brilla o ángeles que cantan la gloria de Dios, despertando a los pastores y reclamándoles para que vengan y vean que Dios no está lejos, sino habitando nuestras oscuridades para darnos luz. No hemos de temer a los pesebres en los que este mundo de “fiesta” nos obliga a dar a luz a Cristo, porque así empezó él.

Un mundo en “nochevieja” difícilmente hace un hueco para un Dios que nace pobre. Hasta los seres más solidarios y más comprometidos tienen tiempo para vestirse de gala y hacer fiesta olvidando por unas horas que otros muchos seres en el mundo siguen muriendo de hambre y frío. No se trata de aguar las fiestas con este recuerdo, simplemente de constatar una realidad eclipsada por los villancicos, el cava, el turrón o todo tipo de excesos navideños.

Al nacer Dios de noche, podemos quedarnos sin ver su estrella si dejamos que otras luces artificiales nos deslumbren. Podemos quedarnos sin oír su llanto, como reclamo de su presencia si nuestros cantos ahogan el grito de los pobres. Podemos quedarnos sin ver los ángeles si nos empeñamos en huir del silencio, del frío o de los trabajos que nadie quiere hacer porque son demasiado duros. No hay que tener miedo al silencio de la noche, porque ese silencio es el mejor vehículo por el que Dios se nos revela. No hay que temer a la oscuridad, porque en ella vemos mejor la estrella que nos ilumina.

Año nuevo no es sólo un cúmulo de buenos deseos, pues no nos dirigimos a un Dios en cuya mano está concederlos o no de forma caprichosa. Si fuera así, estaría claro que nuestro Dios sería injusto e incluso cruel. Nosotros deseamos, pidiendo a un Dios que es Padre que desea y pide con nosotros, y que se esfuerza por abrirse paso en nuestros corazones para que le dejemos trabajar en ellos. Que ese gran mensaje de esperanza sea escuchado. Que la bendición de Dios no pase de largo ante nuestra indiferencia, sino que fructifique en nuestras manos con obras de justicia y paz.